

que para tocar a carga contra los gabachos. ¿Verdad, amigo? (*Gesto de avergonzada confusión en el Pregonero.*) ¡Ven acá, hombre, choca esos cinco, que aún me cabe la mano entre los barrotes, y mi mano no está manchada! (*El Pregonero huye en silencio. Queda solo Juan Martín, que después de mirar en torno a sí monologa con herida gravedad.*) Solo. Solo en medio de los míos. Bendita esta soledad que es alivio y homenaje. Los hombres de este pueblo, ¿me darán siquiera el consuelo de encerrarse en sus casas mientras yo estoy sometido a este escarnio? No habría colgadura más honrosa que sus ventanas cerradas. La soledad, el silencio, y detrás unas gentes que si ya no siguen al Empecinado, al menos le respetan. Y en medio de esa soledad y ese silencio, yo, un hombre que sólo ahora ha empezado a comprender lo que es ser español. (*Breve pausa. Juan Martín mira de nuevo en torno a sí.*) Ni siquiera esa suerte. Ya vienen. No son muchos, esta vez. (*Contando a los que se acercan.*) Uno, dos, tres,... cinco. Cinco castellanos de pro. Cinco honrados vecinos de un pueblo de Castilla, que quieren ver cómo nuestro amado Rey hace justicia contra los malos españoles. (*A voces.*) ¡Eh, vosotros! ¿No os acercáis? ¿Teméis a la fiera? (*Sacando los brazos por entre los barrotes.*) Yo os aseguro que los barrotes son fuertes, y ya veis que mis brazos no son más que brazos de hombre; brazos que nunca han querido ahogar, sino abrazar. ¿No queréis acercaros?

Voz de hombre.—¡Traidor!

Voz de mujer.—¡Mal español! ¡Mal cristiano!

Juan Martín (*con voz enérgica*).—¡Silencio! ¡Silencio! (*Callan las voces. Un breve silencio. Con voz grave.*) Traidor, mal español, mal cristiano... Traidor, ¿a quién? ¿queréis decírmelo? ¿A un rey que prometió respetar la Constitución cuando se la presentaron los patriotas, y que en cuanto ha podido, la ha matado? ¿Quién es el leal, el que falta a su palabra o el que sigue queriendo lo que siempre quiso? (*Gritando.*) ¿Quién es el traidor y quién es el leal? (*Silencio. De nuevo con tono más sereno.*) Mal español, yo... Por la libertad y la honra de España luché seis años... ¿Quién me dice que vosotros no os arrimásteis entonces al que reinaba en Madrid? ¿Dónde estábais cuando yo peleaba? ¿Dónde? (*Silencio.*) Por la libertad y la honra de España, sí. Por una España con más libertad y menos pobres... ¡Esto he querido siempre, y por esto seguía luchando cuando llegaron a Castilla los cien mil hijos de Francia! ¡Algún día os dirán, o dirán a vuestros nietos, lo que España fue para el Empecinado! (*Un breve silencio.*) Mal cristiano... ¿Es mal cristiano el que desea que los hombres sean lo que de verdad quieren ser, sin matarse los unos a los otros? ¿Es mal cristiano el que quiere que los curas prediquen el amor que Cristo enseñó? ¡Respondedme!

Voz de mujer (*tras un breve silencio*).—¡Traidor! ¡Mal español! ¡Mal cristiano!

Todos.—¡Traidor! ¡Mal español! ¡Mal cristiano!

Juan Martín (*a voces*).—¡Miserables! ¡Cobardes! ¡Sólo el insulto como respuesta! ¿Es este mi pueblo? (*Se agarra a los barrotes e intenta romperlos.*) ¡Ay, si mis brazos pudieran romper estos barrotes! ¡Esta vez, os lo aseguro, no sería para abrazar! (*Tras el esfuerzo va serenándose. Mira en torno a sí y descubre que los curiosos, asustados, han ido huyendo.*) Al menos, se han ido. Lo que no ha podido el respeto, lo ha podido el miedo. (*Breve pausa.*) Otra vez solo; pero esta vez con la soledad mal, la soledad del que ha querido el bien de los demás, y los demás le han abandonado... (*Mirando*

a lo alto. Con voz suplicante, pero entera. Abandonado, pero rendido.) Dios, ¿esto es ser hombre? ¿Esto es ser español? ¿Será la soledad, la total soledad, la que nos abre el camino para ser de veras hombre y español? *(Más enérgicamente.)* ¡Porque yo soy hombre! ¡Porque yo soy y quiero ser español! ¡No, no es posible que me dejen solo! ¡No es posible que todos, hasta los que me odian, me abandonen así! *(A grandes voces.)* ¿Dónde están mis leales? ¿Dónde está mi pueblo?

(Un hondo y largo silencio.)

Voz de Olalla *(a lo lejos, pero cálida y vibrante).*—¡Juan Martín! *(Un breve silencio.)*
¡Juan Martín, estoy contigo!

(Al oír la voz de Olalla, Juan Martín queda mirando con pasmo y ansiedad a lo lejos. Silencio. Sin que Juan Martín modifique su tensa actitud, se oye otra vez, ahora distante y apagada, la voz del Pregonero.)

Voz del Pregonero.—De orden de Su Majestad Católica... el Rey Nuestro Señor don Fernando VII,... y en su nombre,... del señor Alcalde de este pueblo,... se hace saber al vecindario,... que con motivo de las fiestas y ferias... en honor de nuestro santo patrono Santiago,... el traidor Juan Martín Díaz,... por mal nombre el Empecinado...

(Mientras suena la voz del Pregonero, va oscureciéndose la escena.)

Estampa VI

Honra de muerte

Preludio

Siempre sobre el mismo decorado, el Ciego declama su romance.

No seré yo quien os diga
cómo acaba este relato;
poco valen los romances
de un ciego desventurado,
cuando aquello que ocurrió
todos pueden contemplarlo.
Españoles que me oís,
si tenéis corazón sano,
considerad el destino
del valiente Empecinado.

(Sale el Ciego. Como en las estampas anteriores, se produce la oscuridad, y dentro de ella el cambio de decorado. Estamos ahora en una amplia sala, situada en la planta baja del Ayuntamiento de Roa. En el foro, una puerta ancha y practicable, que en un momento dado deberá poder abrirse de par en par, dejando ver al fondo el caserío de la plaza mayor de la villa. En el lateral derecho —del actor— una ventana, también amplia, por la que penetra la cruda luz de un día de agosto en Castilla. En el lateral izquierdo, otra puerta menor que la anterior e igualmente practicable, que conduce a las habitaciones interiores y al calabozo donde Juan Martín está encarcelado. Ante

la pared del foro, una mesa, con un sillón tras ella; y sobre esa pared, un tosco retrato en colores de Fernando VII y un crucifijo. Anaqueles con legajos y un par de sillas.

Al hacerse la luz en la escena estarán en ella el Alcalde de la villa y Mosquete, un empleado municipal.)

Escena I

Alcalde y Mosquete

(El Alcalde, sentado en el sillón; por tanto, de cara al público. Mosquete, yendo y viniendo.)

Alcalde (*hojeando un legajo*).—Dime, Mosquete, ¿cómo crees tú que responderá el vecindario?

Mosquete.—¿Cómo ha de responder, señor Alcalde? Como tiene que hacerlo el de una villa donde es tan grande la devoción por el Rey Nuestro Señor. Piense usía que en Roa casi todos somos realistas.

Alcalde.—No sé, no sé. Son muchos los que todavía recuerdan cómo luchó él hace quince años, para echar de aquí a los franceses.

Mosquete.—No quiero quitarle su mérito; pero tanto o más que él tuvo entonces don Jerónimo Merino. Y si el uno ha sido luego una columna del Trono y el Altar, el otro ha puesto toda su persona al servicio de la mala causa; vamos, que se ha empecinado por ella, si usía me permite decirlo así. Para los buenos vecinos de Roa, el héroe de ese día es don Jerónimo, y nadie más.

Alcalde.—En esto, tienes razón. (*Breve pausa.*) ¿Y cómo crees que responderá él a la notificación de la sentencia? Porque después de que nos la han confirmado, hay que notificársela.

Mosquete.—El la tiene que dar por descontada; puede usía estar bien seguro. Y como es hombre de pelo en pecho, no creo que se alborote mucho al conocerla.

Alcalde.—Mosquete, eres la sabiduría hecha persona. Quiera Dios que aciertes en todo.
(Un silencio.)

Mosquete.—¿Cuándo piensa comunicársela, señor Alcalde?

Alcalde.—Haciendo de tripas corazón, ahora mismo. Esta misma tarde tiene que ser la ejecución.

Mosquete.—Dígame entonces lo que yo debo hacer.

Alcalde.—Avisa a dos números del retén, y que ellos le traigan.

Mosquete.—Al instante.

(Sale Mosquete por la puerta principal.)

Escena II

Alcalde, Mosquete, dos Voluntarios Realistas

(Queda el Alcalde solo, con expresión preocupada. A los pocos segundos, regresa Mosquete con los dos Voluntarios Realistas; éstos con fusiles.)

Alcalde.—Mosquete os acompañará hasta el calabozo. Sacad de él al condenado, y traedle aquí.

Mosquete (*a los Voluntarios*).—No os preocupéis. Los grillos que el galán lleva puestos son fuertes.

Uno de los Voluntarios (*con jactancia*).—Y nuestras bayonetas, ¿son piezas de adorno, o qué?

Alcalde.—Será mejor no tener que usarlas.

(*Salen Mosquete y los dos Voluntarios por la puerta lateral.*)

Escena III

Alcalde, Mosquete, Juan Martín y los dos Voluntarios Realistas

(*Al quedar el Alcalde solo, ordena los papeles que hay sobre la mesa, y dentro de su sillón ensaya una actitud autoritaria. En ella estará cuando entren Mosquete, Juan Martín y los dos Voluntarios. Sin dar la espalda al público, Juan Martín, que lleva grillos en sus manos, se situará a cierta distancia de la mesa. Detrás de él, los Voluntarios, y al otro lado de la habitación, Mosquete.*)

Alcalde (*poniéndose en pie, y después de unos segundos de vacilación y silencio*).—Tengo el penoso deber de comunicar al ex-general don Juan Martín Díaz, alias el Empecinado, que la superioridad ha tenido a bien confirmar la sentencia de muerte que sobre él pesaba. En consecuencia, deberá ser ejecutado dentro del día de hoy.

(*Un hondo silencio. Lo rompe una risa estentórea de Juan Martín.*)

Juan Martín.—¡Ja, ja, ja! «Tengo el penoso deber»... ¡Ja, ja, ja!... Vamos, Alcalde, confiesa que este día en que estamos va a ser uno de los más felices de tu vida. Al fin vas a conseguir quitarme de en medio.

Alcalde (*confuso*).—Yo me limito a hacer justicia.

Juan Martín.—Y de paso, Alcalde, a hacerme un favor. (*Ante un gesto de estupor del Alcalde y Mosquete.*) Sí, un favor; palabra del Empecinado. (*Con altiva gravedad.*) Morir es cien veces preferible a la afrenta de vivir como yo vivo. Y si me diérais la libertad... (*Breve pausa. Con sarcasmo.*) ¿Tú crees, Alcalde, que es deseable la libertad, cuando esa libertad le obliga a uno a vivir junto a sujetos como tú? (*A Mosquete.*) Tú, sacristán: ¿no es cierto que el tratar todos los días a hombres como tu Alcalde le altera a uno las entrañas?

Alcalde.—No estoy dispuesto a tolerar tal desacato.

Juan Martín.—Entonces, que conste la ofensa en el proceso y que se me cargue el tanto de culpa.

Alcalde.—Vuelvo a decir al condenado que yo me limito a administrar justicia y a cumplirla. En cuanto a lo demás, la Historia nos juzgará.

Juan Martín (*con irónica nostalgia*).—La Historia, la Historia... Mis amigos los constitucionales de Cádiz solían hablar mucho de esa señora. Ellos me la hicieron conocer; antes, haciendo la guerra a los franceses, yo la servía sin conocerla... (*Breve pausa. De nuevo con sarcasmo.*) Pues mira, Alcalde; me da en la nariz que los escribanos de su alteza la Historia me van a tratar a mí mejor que a ti. (*A Mosquete.*) Como escribano que eres, ¿tú qué opinas, sacristán?

Mosquete.—Yo, señor...